

LA HERMANDAD, MEDIO PRIVILEGIADO PARA VIVIR EL EVANGELIO

“Id al mundo entero y proclamad el Evangelio a toda la creación” (Mc 16,15): éste es el mandato que Jesús Resucitado da a sus Apóstoles, recordándoles cuál es su misión a partir de ahora: evangelizar, dar a conocer a todos la Buena Noticia de la salvación. Por eso, la labor de todo bautizado es la de evangelizar por medio de aquellos cauces que estén a su alcance. Y, sin duda, la piedad popular, por el número de fieles que mueve y por las personas a las que llega, es uno de los medios evangelizadores más privilegiados de que dispone la Iglesia. De hecho, así lo recuerda el Papa Francisco en la Exhortación *Evangelii gaudium*: *“Cada porción del Pueblo de Dios, al traducir en su vida el don de Dios según su genio propio, da testimonio de la fe recibida y la enriquece con nuevas expresiones que son elocuentes. Puede decirse que «el pueblo se evangeliza continuamente a sí mismo». Aquí toma importancia la piedad popular, verdadera expresión de la acción misionera espontánea del Pueblo de Dios. Se trata de una realidad en permanente desarrollo, donde el Espíritu Santo es el agente principal”* (n. 122). Y también: *“Quien ama al santo Pueblo fiel de Dios no puede ver estas acciones sólo como una búsqueda natural de la divinidad. Son la manifestación de una vida teologal animada por la acción del Espíritu Santo que ha sido derramado en nuestros corazones (cf. Rm 5,5)”* (n. 125).

Estas dos citas de su Exhortación programática son el contexto que el Papa Francisco nos propone para entender que las Hermandades y Cofradías contribuyen a algo más que a mantener vivas las tradicionales procesiones de Semana Santa. Son parte del Pueblo de Dios que se evangeliza continuamente, que se enriquece con nuevas expresiones o, dicho de otra forma: son un medio concreto para vivir el Evangelio en la Iglesia. Por eso precisamente el Papa Francisco habla de la fuerza evangelizadora de la piedad popular: *“Las expresiones de la piedad popular tienen mucho que enseñarnos y, para quien sabe leerlas, son un lugar teológico al que debemos prestar atención, particularmente a la hora de pensar la nueva evangelización”* (EG 126). En efecto, cuando se dice que la Iglesia es un lugar para la comunión y para la misión, se quiere expresar que cada institución eclesial también está llamada a serlo. Convirtiéndose en lugar para la comunión y para la misión, cada cofradía es fiel al designio de Dios y responde también a las profundas esperanzas del mundo. Y esto es, indudablemente, lo que todos los miembros de las cofradías desean alcanzar. Las mismas palabras ‘cofradía’ y ‘cofrade’, como ‘hermandad’ y ‘congregación’, lo indican claramente: hablan de fraternidad ya que en la Iglesia creemos que somos hijos de Dios y hermanos los unos de los otros.

1.- LA IGLESIA MISTERIO DE COMUNIÓN

La Iglesia aparece ante el mundo como una “comunidad” en la que se unen unas personas determinadas. Ahora bien, uno de los rasgos más singulares de la Iglesia y que nos distingue del resto de grupos humanos es su origen. Un origen que se caracteriza por la comunión, ya que venimos de la Trinidad, pues estamos unidos por Dios Padre, Hijo y Espíritu Santo. También nos distingue el que tenemos en común unas realidades como son la fe, la esperanza y el amor. Estos elementos son los que hacen de la Iglesia un **“misterio de comunión”**.

*“Según el magisterio del concilio Vaticano II, heredero de la tradición, el misterio de la Iglesia está enraizado en Dios-Trinidad y por eso tiene como dimensión primera y fundamental la dimensión trinitaria, en cuanto que desde su origen hasta su conclusión histórica y su destino eterno la Iglesia tiene consistencia y vida en la Trinidad (cf. San Cipriano, De oratione dominica, 23: PL 4, 553)”*¹. En consecuencia, la eclesiología del Concilio Vaticano II puso de relieve que la

categoría de comunión es la que mejor expresa lo que la Iglesia piensa de sí misma. Hay una realidad que da origen a la comunidad eclesial, y es que ésta hunde sus raíces en la misma Trinidad. Dios Uno y Trino *“determinó convocar a los creyentes en Cristo en la Santa Iglesia, que ya fue prefigurada en el origen del mundo, preparada admirablemente en la historia del Pueblo de Israel y en el Antiguo Testamento, constituida en los últimos tiempos, manifestada por la efusión del Espíritu Santo y se perfeccionará gloriosamente al fin de los tiempos”* (LG 2).

Hay que reconocer que la comunión de la que se habla debe darse desde la diversidad de dones, gracias, ministerios y vocaciones². La Iglesia no es una comunidad homogénea en la cual todos tengamos la misma responsabilidad, sino que, al igual que en el cuerpo humano todos los miembros forman un todo, de la misma forma los fieles en Cristo reciben del Espíritu diversos carismas para la utilidad del cuerpo (cf. 1Co 12, 1- 12). La unidad no significa uniformidad, sino que se realiza más plenamente en la diversidad. Las diferencias no nos separan, sino que nos unen y complementan. La diversidad no daña la unidad, sino que la enriquece. Se funda en los ministerios y carismas, que son dones con que el Espíritu Santo guía a la Iglesia, distribuyéndolos generosamente entre todos los bautizados. La verdadera comunión, pues, no asfixia la vida tan rica surgida del Espíritu, sino que lleva consigo un pluralismo de realidades que convergen, se complementan y enriquecen las unas con las otras. Todos los bautizados estamos llamados a la santidad, pero manteniendo cada uno su carisma: *“Cada uno debe caminar sin vacilación por el camino de la fe viva, que engendra la esperanza y obra por la caridad, según los dones y funciones que le son propios”* (LG 41). Para conseguir este objetivo, es preciso que los miembros de las cofradías conserven siempre el espíritu más genuino que ha motivado la creación y la vida de estas instituciones. Si se pierde el espíritu, sólo queda una estructura y tal vez unas actuaciones que no transmiten autenticidad. Sin este espíritu cristiano de comunión entre todos los miembros de una cofradía, ésta se convertiría en un instrumento que ofrece un sonido inadecuado en la sinfonía eclesial³.

2.- LA IGLESIA DIOCESANA

Todo lo que hemos dicho sobre la Iglesia como *“misterio de comunión”* y lo que podríamos decir al hablar de *“su misión”* se hace realidad, se vive y se lleva a cabo siempre de un modo concreto. La Iglesia, Pueblo de Dios, *“comunidad de fe, esperanza y amor”*, signo e instrumento de la unión íntima con Dios y de la unidad de todo el género humano (cf. LG 1), sólo puede hacerse realidad concretándose en la historia, en una comunidad formada por unos hombres y mujeres determinados que siguen a Jesucristo bajo el impulso del Espíritu en un tiempo y espacio concretos. Dicho de otro modo, a la Iglesia universal no se pertenece prescindiendo de la Diócesis. Uno pertenece a la Iglesia universal en cuanto pertenece a su Iglesia particular. Siendo Iglesia en la propia Diócesis somos miembros de la Iglesia universal.

La Diócesis es una comunidad eclesial completa, porque reúne todos **los elementos esenciales que integran la Iglesia de Cristo**. Esto es algo que no se puede decir, en cambio, de otras comunidades eclesiales como las parroquias, las comunidades religiosas, los movimientos o asociaciones. Lo podemos comprobar en estos tres aspectos:

- En la Diócesis se hace real el misterio de comunión de la Iglesia, como Pueblo de Dios, convocado por el Padre y reunido en un cuerpo cuya cabeza es Cristo, que está animada por el Espíritu de Dios.
- La Diócesis tiene todos los elementos con los que el Señor construye su Iglesia, Una, Santa, Católica y Apostólica: la *palabra del Evangelio*, los *Sacramentos*, y

el *Ministerio apostólico*, presente en la persona del Obispo.

- Su vida y su misión están impulsados por toda la riqueza y diversidad de *vocaciones, carismas y ministerios* que el Espíritu suscita en todos los miembros del Pueblo de Dios.

La Iglesia diocesana es la gran comunidad en cuya comunión deben integrarse todas las comunidades, movimientos, asociaciones y grupos cristianos que viven y actúan en la Diócesis para estar integradas plenamente en la comunión de la Iglesia. Uno no puede conformarse con ser cristiano en “su” comunidad inmediata, “su” parroquia, “su” grupo, “su” movimiento o asociación, “su” comunidad religiosa, “su” cofradía”. La comunidad eclesial inmediata vive la fe, en tanto en cuanto se encuentra integrada y en comunión con la Iglesia particular o diócesis y con la Iglesia universal, que han de ser sus auténticas comunidades de referencia. Si entendemos el término “comunidad” en un sentido amplio, podíamos definir la iglesia diocesana como “una comunidad de comunidades”, algo que también decimos a propósito de la parroquia. Es significativo que la Exhortación apostólica *Christifideles laici* inicie el capítulo “Iglesias particulares e Iglesia universal” con las siguientes palabras: *“Para poder participar adecuadamente en la vida eclesial es del todo urgente que los fieles laicos posean una visión clara y precisa de la Iglesia particular en su relación originaria con la Iglesia universal”*⁴.

Sin embargo, el cristiano nace a la vida cristiana, se educa en la fe y la celebra, vive su comunión con Dios y con los hombres, descubre y realiza su vocación específica, además de en la familia, en el ámbito concreto de unos grupos o comunidades cristianas determinadas. Como recuerda el Concilio, *“cada cristiano está llamado a ejercer el apostolado individual en las variadas circunstancias de su vida [...], sin embargo, dada la condición social del hombre y la dimensión comunitaria de la fe, los cristianos han de ejercer el apostolado aunando sus esfuerzos. El apostolado organizado responde adecuadamente a las exigencias humanas y cristianas de los fieles, y es al mismo tiempo signo de la comunión y de la unidad de la Iglesia en Cristo”* (AA 18).

La vida de la Iglesia diocesana y su misión evangelizadora incluyen la vida y actuación de los fieles de la diócesis en **diversos ámbitos eclesiales**. La Iglesia diocesana integra en su comunión las comunidades parroquiales y los arciprestazgos en que está estructurada territorialmente la diócesis. Integra asimismo comunidades religiosas de vida activa y contemplativa, numerosos y variados movimientos y asociaciones de laicos y sacerdotes, pequeñas comunidades cristianas y grupos variados de formación, oración y acción.

La comunión y la misión eclesiales se hacen realidad para nosotros en nuestra Iglesia diocesana que se concreta en las diversas parroquias, movimientos, comunidades, hermandades y cofradías a las que pertenecemos. Las parroquias, de forma particular, deben esforzarse por integrar en su misión a las asociaciones y movimientos que existen en su demarcación, y ayudarles a crecer en sus espiritualidades y misiones propias. Y las asociaciones y movimientos deben esforzarse en ayudar a construir la casa común de la parroquia y a llevar a cabo las tareas de su misión evangelizadora. Los diversos organismos o servicios diocesanos con que contamos han de servir precisamente para fomentar la vida, comunión y misión de la Iglesia. Han de ser instrumentos adecuados para potenciar la participación de todos los cristianos y la integración de las diversas comunidades en la comunión y misión únicas.

Ahondando en la idea de la unidad en la diversidad, el Santo Padre Francisco recuerda que *“la evangelización es más eficaz cuando es actuada con unidad de intención y con una colaboración sincera entre las diferentes realidades eclesiales y entre los diversos sujetos pastorales, que encuentran en el Obispo un seguro punto de referencia y de cohesión”*⁵. Dada la mutua interioridad que existe entre Iglesia universal y particular, el principio eclesiológico *“ubi Petrus, ibi Ecclesia”* puede formularse también diciendo *“ubi episcopus, ibi Ecclesia”*. Si se quiere que las iniciativas apostólicas introducidas en la diócesis por las asociaciones de fieles contribuyan a la verdadera riqueza católica, deberán cultivar la comunión que tiene en el Obispo el primer punto de referencia. La oración de Jesús por la unidad de la Iglesia (cf. Jn 17, 21) nos muestra su relevancia para el bien de la misma.

3.-LA HERMANDAD, MEDIO PARA VIVIR EL EVANGELIO

Después de habernos fijado en lo que significa la comunión dentro de la Iglesia universal y en la Iglesia particular o diocesana, ¿cómo se plasman en las Hermandades o Cofradías los elementos esenciales de una comunidad eclesial? O más bien, ¿cómo puede una hermandad ser una comunidad donde se viva el Evangelio? *“Es urgente rehacer el entramado cristiano de la sociedad humana, pero a condición de que se rehaga la trabazón cristiana de las mismas comunidades eclesiales. Los laicos están plenamente implicados en esta tarea; les corresponde testificar cómo la fe cristiana es la respuesta válida a los problemas y expectativas que la vida plantea a cada hombre y mujer, y a la sociedad entera”*⁶.

San Juan Pablo II en su Exhortación Apostólica sobre la vocación y la misión de los laicos en la Iglesia y en el mundo⁷, señala cinco criterios para discernir la eclesialidad de las diversas asociaciones o grupos. Son unos criterios que sirven para revitalizar las Cofradías como lugares donde se promueva la vida cristiana de sus miembros mediante el anuncio del Evangelio, la celebración de los sacramentos y el ejercicio de la acción caritativa y social.

Estos criterios se comprenden partiendo desde la perspectiva de la comunión y de la misión de la Iglesia y son:

- El primado que se da a la vocación de cada cristiano a la santidad. De este modo, las asociaciones de fieles laicos, y dentro de ellas, las Hermandades y Cofradías, están llamadas a ser instrumento de santidad en la Iglesia.
- La responsabilidad de confesar la fe católica de palabra y con el testimonio de vida. También las Hermandades y Cofradías deben ser un lugar en el que se anuncia y se proponga la fe, y en el que se eduque para practicarla en todo su contenido.
- El testimonio de una comunión firme y alegre con el Papa y el Obispo diocesano, y en el reconocimiento de la legítima pluralidad de otras formas de vida asociada.
- La conformidad y la participación en el fin apostólico de la Iglesia (anuncio del Evangelio, santificación de los hombres, formación cristiana). Así, a todas las formas asociadas de fieles laicos, también Hermandades y Cofradías, se les pide un decidido ímpetu misionero que les lleve a ser, cada vez más, sujetos de una nueva evangelización.
- El compromiso de una presencia pública en la sociedad al servicio de la dignidad integral del hombre y de la creación de condiciones más justas y fraternas, de manera que las Hermandades y Cofradías sean corrientes vivas de participación y solidaridad.

La Exhortación hace referencia también a los frutos que deben acompañar la vida de las Cofradías y Hermandades y en cuya realización se pueden comprobar esos criterios de eclesialidad. Estos frutos son, entre otros: el gusto por la oración, la vida litúrgica y sacramental, el estímulo para que florezcan vocaciones al matrimonio cristiano, al sacerdocio y a la vida consagrada, la disponibilidad a participar en las actividades de la Iglesia a nivel local, nacional o internacional, el impulso de una presencia cristiana en los diversos ambientes de la vida social y la creación y animación de obras caritativas, culturales y espirituales.

4.- LA HERMANDAD, MEDIO PRIVILEGIADO PARA VIVIR EL PERDÓN Y LA ESPERANZA

Dios es amor, si bien la palabra amor hoy en día está muy devaluada. Razón de más para que los cristianos profundicemos seriamente en lo que la Escritura nos dice de él: Dios es Amor (1Jn 4, 8). Sin duda, esta definición de Juan es la que más nos acerca a la esencia de Dios⁸.

El amor es creador, es donación, es felicidad y diálogo porque Dios nos ha creado para participar en su propia vida. Esto lo podemos comprobar cada vez que escuchamos en la Vigilia Pascual la narración del Génesis, cuando nos repite a modo de salmodia la expresión *“Y vio Dios que todo era bueno”*. Cuando hace referencia a la persona, marca su amor al ser humano diciendo: *“Y vio Dios que todo era muy bueno”* (Gn 1, 31). Cuando acertamos a comprender el lenguaje característico de los relatos narrados en el libro del Génesis -un lenguaje primitivo, pero repleto de sabiduría-, podemos identificar su verdadero núcleo. Estos relatos refieren *“una intervención personal”*⁹ que va más allá de la realidad del universo: antes de la creación del universo existe la libertad y la sabiduría de un Dios creador, y a través de un lenguaje aparentemente ingenuo se abre camino una profunda verdad: todo lo que existe lo hizo Dios, porque quiso¹⁰.

Cristo nos amó de manera incondicional, hasta el extremo. Y por este amor infinito, quiso unir su suerte a la de los hombres, siendo igual en todo menos en el pecado, llegando a morir por ello y liberándonos de la muerte misma. Las Hermandades y Cofradías cumplen una función evangelizadora en todo momento, cuando hacen presente al Salvador y anuncian la Buena Noticia de nuestra liberación, que es Cristo.

Por eso podemos decir que la fe cristiana no es una pura adhesión intelectual a una doctrina o ideología. Es la huella que deja en nosotros el encuentro con un Dios personal¹¹, con un Dios que es amor, con el Dios de Jesucristo que, por amor, con su muerte y resurrección nos ha hecho hijos de Dios y hermanos.

PERDÓN: “Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen” (Lc 23, 34)

En nuestra memoria resuena aquel *“perdona nuestras ofensas como también nosotros perdonamos a los que nos ofenden”* (Mt 6, 12). Es la oración que Jesús nos enseñó y que repetimos tan fácilmente, aunque tal vez, con cierta inconsciencia. *“Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen”* (Lc 23, 34). Jesús en la Cruz no piensa en sí mismo, no se deja dominar por el dolor, piensa en nosotros, mantiene su comunicación amorosa y filial con el Dios del cielo. Sabe que Dios es siempre Padre, Padre suyo y padre de todos los hombres. Por eso su primera palabra es de oración y confianza. PADRE. Le pide perdón por nosotros que no sabemos vivir a gusto como hijos en la casa de Dios que es la Iglesia, la casa de la fe, la casa del perdón, la casa de la fraternidad y de la vida eterna.

Todos sabemos que siempre hay gente que se aprovecha de nosotros, que estropea nuestros planes, gente que es difícil de tratar, que no piensa como nosotros, que no cree en lo mismo que nosotros..., y llegamos muy fácilmente a los enfrentamientos y disputas. Sin embargo, Jesús nos enseña a perdonar siempre. Si le preguntamos, como Pedro: *“Maestro, ¿cuántas veces debo perdonar?”*, sin titubeos, nos responderá: *“Hasta setenta veces siete”* (Mt 18, 21-22), *“es decir, siempre. Y confirma esto narrando la parábola del rey misericordioso y el siervo despiadado, en la cual muestra la incoherencia de aquel que fue perdonado antes y que luego se niega a perdonar”*¹². Nos enseña a perdonar, aunque sea una difícil tarea del hombre que aparece como una respuesta de su libertad y engrandece a quien la pone en práctica. En efecto, como nos recuerda el Santo Padre: *“Todos sabemos que no es fácil permanecer en la cruz, en nuestras pequeñas cruces de cada día. Él, en esta gran cruz, en este gran sufrimiento, se ha quedado y allí nos ha salvado; allí ha mostrado su omnipotencia y allí nos ha perdonado. Allí se cumple su entrega de amor y brota para siempre nuestra salvación. Al morir en la cruz, inocente entre dos criminales, atestigua que la salvación de Dios puede llegar a cualquier hombre en cualquier condición, incluso la más negativa y dolorosa. La salvación de Dios es para todos, ninguno está excluido. Se ofrece a todos”*¹³. El perdón es respuesta de vida, pues apaga los fuegos de la muerte, al ser respuesta de Amor que capacita para amar. Si el Señor se despojó de su divinidad para vestirse de hombre, cada uno de nosotros debemos despojarnos de nuestra carnalidad para poder vestirnos de Dios, tal y como expresa el famoso himno que rezamos en la oración de Vísperas, tomado de la carta de San Pablo a los Filipenses (cf. Fil 2, 6-11)¹⁴.

Un enamorado de Jesucristo, el cristiano, el cofrade, es capaz de perdonar, de respetar, de solidarizarse, de aceptar a todos en la diversidad y sabe ver en el prójimo un sacramento, la presencia de Dios. Y está atento a no profanar jamás esta presencia ni con actos ni con palabras.

“Es triste constatar cómo la experiencia del perdón en nuestra cultura se desvanece cada vez más. (...) Ha llegado de nuevo para la Iglesia el tiempo de encargarse del anuncio alegre del perdón. Es el tiempo de retornar para hacernos cargo de las debilidades y de las dificultades de nuestros hermanos. El perdón es una fuerza que resucita a una vida nueva e infunde el valor para mirar el futuro con esperanza” (MV10).

ESPERANZA: “Te lo aseguro: Hoy estarás conmigo en el Paraíso” (Lc 23, 43)

En este momento aparece la grandeza del perdón de Dios. Perdón por el que el ladrón suplicante recibe la seguridad de su entrada en el Paraíso (cf. Lc 23, 43). Aquí se hace patente que nuestro Dios es un Dios al que el hombre puede acudir confiadamente, con la seguridad de que su compasión actuará a nuestro favor.

El perdón de Dios lleva siempre a la esperanza. Es una invitación a la confianza, porque Dios siempre perdona. No se lo piensa dos veces antes de otorgar su misericordia, ya que el amor de Padre es como un resorte automático que nunca deja de oír la sinceridad de sus hijos. Dios es siempre fiel, aunque nosotros le seamos infieles, *“porque no puede negarse a sí mismo”* (2Ti 2, 13).

La promesa de Jesús al buen ladrón (cf. Lc 23, 43) es una promesa hecha a todos los hombres que le reconozcan como lo que es: Dios hecho hombre, el Mesías, el Señor. *“El buen ladrón nos recuerda nuestra verdadera condición ante Dios: que somos sus hijos y que él viene a nuestro encuentro, teniendo compasión de nosotros. No existe ninguna persona, por muy mala que haya sido en su vida, a la que Dios le niegue su gracia si se arrepiente. Ante Dios nos encontramos todos con las manos vacías, pero esperando su misericordia”*¹⁵: *“Porque si*

perdonáis a los hombres sus ofensas, también os perdonará vuestro Padre celestial, pero si no perdonáis a los hombres, tampoco vuestro Padre perdonará vuestras ofensas” (Mt 6, 14-15).

Se trata de poner toda la esperanza en el Crucificado, en el Señor de la Vida y de la historia, en quien ha vencido a la muerte. Se trata de querer tener toda la vida centrada en Aquel que es Evangelio, gozo y bondad. En una palabra, el corazón debe abrirse a la gracia de Dios que todo lo transforma y todo lo redime. *“Nada más se dijeron en aquel día de angustia y de dolor los dos crucificados, pero esas pocas palabras pronunciadas con dificultad por sus gargantas secas resuenan aún hoy y constituyen siempre un signo de confianza y de salvación para quienes han pecado, pero también han creído y esperado, aunque sea en la última frontera de la vida”¹⁶.*

Esta esperanza lleva en sí una fuerte carga escatológica. La promesa de Jesús es el Paraíso. Una palabra sugerente, sagrada y significativa para los israelitas que nosotros sabemos que se trata del cielo. Somos peregrinos que vivimos lejos de la patria a la que algún día llegaremos. Por eso esperamos un cielo nuevo y una tierra nueva. Nuestra fe se convertirá, un día, en visión de Dios, porque en ese momento habremos alcanzado la salvación, la plenitud personal, el gozo que estábamos buscando.

“Vivir en esperanza es caminar hacia un premio, hacia la felicidad que no tenemos aquí pero que la tendremos allí, en el cielo. Es una virtud difícil de entender. Es una virtud humilde, muy humilde. Es una virtud que nunca decepciona: si tú esperas, nunca serás decepcionado. Nunca, nunca”¹⁷.

Concluyo invocando la protección de nuestra Madre la Virgen:

*“Virgen Madre,
guíanos y sostenenos para que vivamos
siempre como auténticos hijos
e hijas de la Iglesia de tu Hijo
y podamos contribuir a establecer sobre la tierra
la civilización de la verdad y del amor,
según el deseo de Dios y para su gloria”¹⁸.*

Que la Virgen María, Madre de Dios y Madre nuestra, nos acompañe en todo el camino que nos lleve a gozar de la visión celestial del Padre. Que María, modelo de santidad, sea para nosotros ejemplo de entrega y fe en Dios que es perdón, esperanza y amor. Y que María, Estrella de la Nueva Evangelización, sepa guiar nuestros pasos hacia la Jerusalén celeste.

¹ San Juan Pablo II, Audiencia general, 9 octubre 1991, 1.

² Cfr. Congregación para la Doctrina de la Fe, Carta *Communio innotio* sobre algunos aspectos de la Iglesia considerada como comunión, 28 de mayo de 1992, 15.

³ *“Antes de programar iniciativas concretas, hace falta promover una espiritualidad de comunión, proponiéndola como principio educativo en todos los lugares donde se forma el hombre y el cristiano” [...] “Sin este camino espiritual, de poco servirían los instrumentos externos de la comunión. Se convertirían en medios sin alma, máscaras de comunión más que sus modos de expresión y crecimiento”* (San Juan Pablo II, Carta apostólica *Novo Millennio Ineunte*, 6 enero 2001, n. 43).

⁴ San Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, 30 diciembre 1988, n. 25.

⁵ Francisco, Encuentro con los consagrados de Cesena-Sarsina, 1 octubre, 2017.

⁶ Raúl Berzosa Martínez, *Ser laico en la Iglesia y en el mundo*, DDB, Bilbao 2000.

⁷ San Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, 30 diciembre 1988, n. 30. El Papa Francisco ha llamado a la piedad popular “verdadera expresión de la acción misionera espontánea

⁸ *“«Dios es amor, y quien permanece en el amor permanece en Dios y Dios en él» (1Jn 4, 16). Estas palabras de la Primera carta de Juan expresan con claridad meridiana el corazón de la fe cristiana: la imagen cristiana de Dios y también la consiguiente imagen del hombre y de su camino. Además, en este mismo versículo, Juan nos ofrece, por así decir, una formulación sintética de la existencia cristiana:*

«Nosotros hemos conocido el amor que Dios nos tiene y hemos creído en él» (Encíclica *Deus caritas est*, n. 1).

⁹ Ratzinger, *La fiesta de la fe*, Desclée, Bilbao 1999, 25.

¹⁰ Esta convicción se encontraba fuertemente asentada en la fe del pueblo elegido, como muestran las enternecedoras palabras de una madre a su hijo, antes del martirio: *“Te suplico, hijo, que mires el cielo y la tierra, y viendo todo lo que hay en ellos reconozcas que Dios no los ha hecho de cosas ya existentes, y que lo mismo sucede con el género humano”* (2Mac 7,28).

¹¹ Como enseñó el Papa Benedicto XVI. *“No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva”* (Encíclica *Deus caritas est*, n. 1).

¹² Francisco, Audiencia general, 17 septiembre 2017.

¹³ Francisco, Audiencia general, 28 septiembre 2016.

¹⁴ *“El Cántico presenta una doble trayectoria vertical, un movimiento que en un primer momento desciende y que después asciende. Por un lado, se da el descenso humillante del Hijo de Dios cuando, en la Encarnación, se hace hombre por amor a los hombres. Cae en la «kenosis», es decir, en el «despojo» de su gloria divina, que le lleva hasta la muerte en la cruz, el suplicio de los esclavos que ha hecho de él el último de los hombres, auténtico hermano de la humanidad sufriente, pecadora y repudiada. Por otro lado, se presenta la ascensión triunfal que tiene lugar en Pascua, cuando Cristo es restablecido por el Padre en el esplendor de la divinidad y es ensalzado como Señor por todo el cosmos y por todos los hombres ya redimidos”* (San Juan Pablo II, Audiencia general, 18 noviembre 2003).

¹⁵ Francisco, Audiencia general, 25 octubre 2017.

¹⁶ Gianfranco Ravasi, *Vía Crucis*, Vaticano, 2007.

¹⁷ Francisco, Homilía, 23 octubre 2018.

¹⁸ San Juan Pablo II, Exhortación apostólica post-sinodal *Christifideles laici*, 30 diciembre 1988, n. 64.